



## *El contexto socio-religioso de la «nueva evangelización»<sup>1</sup>*

*Fr. Felicísimo Martínez, O.P.*

La evangelización nunca ha sido el resultado de una Iglesia centrada sobre sí misma, de una actitud eclesiocéntrica de la comunidad cristiana. Esta actitud es más propensa a la pastoral de conservación que a una pastoral misionera y evangelizadora. Estas afirmaciones elementales son válidas también para la «nueva evangelización». Si la urgencia de una nueva evangelización ha aflorado en la conciencia del actual, es porque ésta se ha extrovertido, se ha abierto al mundo y ha iniciado un diálogo con la sociedad. El Concilio Vaticano II fue promotor oficial de este diálogo Iglesia-Mundo. Esta actitud extrovertida misionera de la Iglesia es más propensa a una pastoral de evangelización que a una pastoral de conservación.

El contexto más genérico de la nueva evangelización es este diálogo entre la Iglesia y el mundo moderno. Pero el diálogo Iglesia-Mundo tiene diferentes características en los diversos continentes, porque diferentes son también los contextos sociales, políticos, económicos, culturales y religiosos de los mismos. El programa de la nueva evangelización fue anunciado primeramente en el continente latinoamericano con motivo de la debatida celebración del V Centenario de la primera evangelización. Pero este motivo cronológico no pasa de ser un simple pretexto para dicho programa. A él es preciso añadir otros motivos, más profundos y significativos. La situación o el contexto socio-religioso de ese continente es la razón de fondo que urge hoy de forma especial la nueva evangelización.

En primer lugar, el fenómeno masivo de la religiosidad popular configura el contexto religioso que clama por una nueva evangelización. La mayoría de la población iberoamericana profesa la fe cristiana, pero adolece de una evangelización deficiente. Bautizados en gran mayoría, los latinoamericanos mantienen una práctica sacramental habitual u ocasional y una práctica devocional abundante. Se puede hablar de unas comunidades cristianas sacramentalizadas, pero escasamente evangelizadas. Apenas las comunidades eclesiales de base dan por supuesto un viraje en la pastoral, que se ha reflejado sobre todo en la prioridad de la evangelización. Ellas han sido como pequeños laboratorios de una nueva evangelización. La pastoral no ha corrido la misma suerte en el ancho campo de la religiosidad popular. En ésta abundan educadores humanos, religiosos, cristianos; pero abundan también las ambigüedades o los antivalores manifiestos desde el punto de vista cristiano. La responsabilidad de estas ambigüedades no hay que cargarla a los creyentes, sino a la deficiente evangelización. Desde el ancho campo de la religiosidad popular se hace sentir hoy la urgencia de una nueva evangelización en América Latina, después de cinco siglos de historia cristiana en el continente.

En segundo lugar, el contexto social, político y económico del continente, denuncia abiertamente la escasa penetración del evangelio en las estructuras sociales. Medellín habló de un «pecado estructural» que atraviesa todo el continente, lo que equivale a afirmar la ausencia del Reino de Dios en esas estructuras, o la ausencia de una evangelización históricamente operativa. No es éste el momento de entrar en el análisis de esas situaciones, pero sí conviene destacar un hecho significativo para la misión de la Iglesia: un continente masivamente cristiano se encuentra atravesado por situaciones y prácticas históricamente anticristianas o antievangélicas. La injusticia institucionalizada es la denominación más global y la raíz más profunda de estas situaciones que contradicen las exigencias del Reino de Dios. Es la paradoja de unos pueblos masivamente cristianos y a la vez sumergidos en situaciones generalizadas de injusticia, marginalidad, opresión, dominación, pobreza, hambre, violencia y muerte.

Todas estas situaciones contradicen la fraternidad, núcleo de la experiencia cristiana, de la práctica del Reino. Las luchas liberadoras mantenidas a impulso de la fe cristiana constituyen el contexto desde el que surge con más fuerza el clamor por una nueva evangelización. Al margen del compromiso con la justicia es imposible una evangelización genuina, ya que la justicia es el núcleo del anuncio del Reino y la condición indispensable para toda práctica de la fraternidad. Por consiguiente, es preciso que crezcan a la vez la justicia que hace creíble el anuncio del Evangelio y una nueva evangelización que coloque la justicia y la solidaridad en el centro de ese anuncio del Evangelio y de esa práctica del Reino.

En tercer lugar, una serie de fenómenos culturales plantean nuevos retos a la misión eclesial y reclaman una nueva evangelización. La lucha de los pueblos hispanoamericanos por una real independencia cultural y económica, que trascienda la independencia política formal, ha creado en ellos una conciencia progresiva de

su identidad cultural y de la singularidad de su historia y sus culturas. Esta conciencia se ha reflejado también en la Iglesia, en la reflexión teológica, en la pastoral. De esa conciencia ha brotado el clamor intenso por una inculturación del mensaje cristiano, de la práctica cristiana, de la presencia y la organización eclesial. Este clamor equivale a la demanda de una nueva evangelización. Las Iglesias locales han adquirido una importancia creciente como sujetos primeros de evangelización y como responsables más directos de la inculturación.

La urgencia de la inculturación se ha sentido de forma especial en el contexto indígena. La conciencia indigenista se ha fortalecido probablemente en las últimas décadas. Ella plantea de forma radical el problema de la inculturación del mensaje cristiano o el problema de la nueva evangelización. Las culturas y las religiones indígenas han estado sometidas y oprimidas a partir de la conquista y la colonización. Hoy, sin embargo, recobran la conciencia de su identidad y de su dignidad, y han entrado en una legítima defensa de sus valores. Se impone por consiguiente, una nueva evangelización que supere el tradicional eurocentrismo que acompañó a la primera evangelización y que se realice en diálogo con las culturas y las religiones autóctonas, reconociendo las «semillas del Verbo» presentes en ellas. Desde este contexto indigenista ha surgido también el clamor por una nueva evangelización, por una nueva presencia inculturada del Evangelio.

El contexto socio-religioso de Europa y, en general, del primer mundo es muy diferente. Es cierto que no faltan en éste los sectores pertenecientes al hoy llamado «cuarto mundo», sectores pobres y marginados. Pero la raíz de estas situaciones de periferia es preciso buscarlas en el centro político, ideológico y religioso del primer mundo. El programa de la nueva evangelización anunciado primeramente en América Latina y proyectado posteriormente sobre Europa y el primer mundo en general tiene aquí connotaciones específicas. Si en el continente latinoamericano el pretexto para el programa de la nueva evangelización ha sido la celebración del V Centenario de la primera evangelización, en Europa dicho pretexto es el fin del segundo milenio cristiano. Pero lo que verdaderamente importa no es el pretexto del programa de la nueva evangelización, sino el contexto socio-religioso al que pretende dar respuesta.

La Europa de finales del segundo milenio cristiano enfrenta nuevos retos. La Europa occidental lleva ya años de camino en busca de la integración económica y aspira, en un segundo paso, a la integración y unificación política. El desarrollo económico de los países que la componen es manifiesto y se ha traducido en una cultura del tener y del consumo, con un alto costo humano y espiritual. Sin embargo, lejos de resolver el problema de la injusticia y sus secuelas, éste se ha acrecentado en amplios sectores de la población y en las relaciones internacionales...

El ideal y el proyecto de una Europa que vuelva a ser hogar común y punto de referencia para toda la humanidad no son ajenos a algunas lecturas de estos acontecimientos. Estos hechos, de carácter fundamentalmente económico y político, son el contexto sociológico de la nueva evangelización de Europa. A ellos hay que añadir la nueva política de los países socialistas con respecto a la religión. Este hecho ha despertado un singular interés en la Iglesia. Ésta ve abiertas nuevas perspectivas a su actividad misional y evangelizadora. Sin caer en una lectura apologética y oportunista de los acontecimientos, es razonable pensar en la urgencia de una nueva evangelización para una situación también nueva.

Sin embargo, el fenómeno más significativo en Europa desde el punto de vista religioso es, sin duda, el fenómeno de la secularización, de la increencia. Es un hecho especialmente significativo por cuanto la historia del continente europeo está asociada esencialmente al cristianismo. Dicha historia es impensable sin hacer referencia al sustrato cultural cristiano, como es impensable sin reconocer en ella la presencia de la filosofía griega y del derecho romano. Durante siglos el cristianismo ha sido uno de los componentes básicos de la cultura europea, con una notable incidencia en la organización social y en las diversas instituciones...

El continente europeo, cuya historia está marcada por la centralidad de la tradición cristiana, enfrenta hoy el presente y el futuro desde los postulados de una racionalidad laica y secular. Aún persisten en las sociedades europeas instituciones, estructuras, hábitos... de origen cultural cristiano. Pero esos elementos han quedado en general privados de los valores que los inspiraron originalmente. No se puede hablar ya de unas sociedades confesionalmente cristianas...

Desde el punto de vista teológico, el fenómeno de la secularización es ambiguo. El Concilio Vaticano II afirmó la autonomía del mundo y de las realidades terrenas. En este sentido se puede hablar de una significación positiva de la secularización y de una legitimación de la misma. La teología postconciliar ha mantenido esa afirmación de la autonomía de las realidades terrenas. Pero también ha detectado la tendencia de la secularización hacia un secularismo volcado sobre su inmanencia y cerrado a toda afirmación de la trascendencia. Este secularismo constituye un rasgo esencial de la cultura contemporánea. Desde este contexto religioso y cultural se entiende en Europa la urgencia de una nueva evangelización.

Resultado del proceso de secularización es la creciente increencia en la población europea. Traducida en simple agnosticismo o en abierta confesión de ateísmo, la increencia es profesada hoy abiertamente por muchos europeos. Ya no se trata sólo de la pérdida de protagonismo o del espacio social por parte de la religión o de las Iglesias, se trata de una actitud personal del no creyente frente a la realidad y frente a la historia. El no creyente ya no es en la actualidad un disidente o un desadaptado social, como fue considerado en los tiempos de la Europa cristiana. Es un ciudadano normal, con todos los derechos en algunos ambientes, es incluso considerado como el prototipo del ciudadano emancipado y adulto. La increencia es otro rasgo social y religioso del continente europeo desde el que se ha propuesto el programa de una nueva evangelización. El destinatario de esta nueva evangelización no es ya simplemente la gran masa de la religiosidad popular, sacramentalizada y escasamente evangelizada; es fundamentalmente creyente...

Más allá del ámbito iberoamericano y europeo, el programa de la nueva evangelización se ha extendido también a los demás continentes. África y Asia son hoy lugares claves que plantean grandes desafíos a la misión evangelizadora de la Iglesia. Desde el punto de vista económico y político, se repiten en estos continentes de forma análoga las situaciones referidas ya a los pueblos latinoamericanos. Con estos pueblos comparten numerosas situaciones de dependencia, colonialismo e imperialismo con sus secuelas de injusticia pobreza y generalizadas. Son situaciones que claman igualmente por una nueva evangelización.

Pero hay un hecho especial que merece ser mencionado, porque sitúa a la evangelización ante un desafío ineludible. Se trata de la necesidad fuertemente sentida en estos continentes de una inculturación del Evangelio. En el continente latinoamericano la reflexión teológica y la actividad evangelizadora han centrado la atención durante las últimas décadas en el problema urgente de la liberación. En los pueblos africanos y asiáticos, la reflexión teológica y la actividad evangelizadora han centrado la atención en el urgente problema de la inculturación. Desde este contexto es preciso interpretar la naturaleza de la nueva evangelización en estos pueblos.

En la mayoría de los pueblos africanos y asiáticos no se puede hablar de un predominio de la tradición cristiana, pese a los esfuerzos misionales de la Iglesia en los últimos siglos. Las tradiciones religiosas predominantes son otras. Por eso, el reto fundamental de la nueva evangelización no es el diálogo con la cultura secular, sino con las grandes tradiciones religiosas autóctonas. El diálogo entre cristianismo y otras religiones es hoy el contexto obligado de la nueva evangelización.